



Mi objetivo es intentar comunicar con las dos partes del cerebro de cada lector de este artículo: el cerebro izquierdo y el cerebro derecho.

Como ya sabemos, el cerebro derecho encierra los sentimientos, reconoce las imágenes, aprecia la música, al igual que todo lo no verbal, entiende el lenguaje de los gritos, de los gestos, de las caricias, del tacto. Genera sentimientos como el amor, el humor, el gusto por la estética y todo lo que podríamos calificar como no lógico, la percepción de lo invisible, la fe y el misterio, una idea más global, más concreta, más sintética y una gran capacidad de gestionar la simultaneidad de las situaciones.

El cerebro izquierdo es el lugar privilegiado de la lógica, del cálculo, de los negocios, de las estrategias militares, de la abstracción, de la guerra. El cerebro es el escenario natural del eterno enfrentamiento entre dos bandos completamente opuestos.

Varios siglos antes de Cristo, existían centenares de diosas en toda la cuenca mediterránea, que acabaron desapareciendo. En las antiguas sociedades de Egipto, Mesopotamia y Grecia, los sacrificios femeninos eran algo excepcional y solo empezaron a practicarse con el progreso de la civilización escrita.

El Antiguo Testamento revoluciona el curso de la historia. El Judaísmo, la Cristiandad y el Islam instrumentalizan posteriormente el patriarcado e instauran la dominación de la mujer por el hombre.

Tras la Segunda Guerra Mundial, el uso masivo de la fotografía y más tarde del cine y de la televisión provocan un nuevo giro. La televisión propicia el paso de la lectura en solitario a la reunión en torno al televisor (McLuhan y la aldea electrónica global). En contra de todo lo que se dice a menudo, ver la televisión puede ser una forma positiva de reconfigurar el mundo. Las imágenes de Hiroshima, símbolo y apogeo de varios siglos de dominación masculina, han desencadenado la alarma y su repetición reiterada y constante pueden haber salvado al mundo de la destrucción total...

De la misma manera, las imágenes de la tierra tomadas desde el cielo han hecho que

seamos conscientes de la urgencia y de la necesidad de proteger y de respetar nuestro planeta. Y no sabemos aún cuál será el impacto de las imágenes del 11 de septiembre en nuestro imaginario colectivo. Las imágenes forman parte de lo mental, son reproducciones del mundo sensual, cercanas al mundo de las apariencias. El nacimiento de los movimientos feministas, las marchas por la defensa de los derechos humanos, la conciencia ecológica, la emergencia de nuevos códigos de vestir, de nuevas formas de arte, están estrechamente ligados al desarrollo de la televisión. La aparición del ordenador, a pesar de las críticas que suscita por la pasividad que implica, ha modificado completamente nuestra relación con la imagen y el espacio.

El ordenador hace que la televisión se vuelva interactiva, recurre al uso de ambas manos y de ambos hemisferios del cerebro y el ciberespacio es una extensión digital del pensamiento humano a otra dimensión. Vamos a necesitar más que nunca movilizar las increíbles posibilidades de ambos hemisferios de nuestro cerebro, que, ya lo sabemos, es el más potente de los ordenadores, el más ligero y transportable, el más práctico y más barato jamás inventado. ¡Es una pena que hayamos perdido la clave de acceso!

Lo real visible y directamente aprehensible por el ciudadano ordinario del planeta Tierra se confunde con los escenarios más simplistas del nuevo cómic mundial, en el cual el papel de cada cual está estrictamente y definitivamente establecido junto con, como corolario natural, la infantilización generalizada del discurso político y mediático. La desaparición de las fronteras entre mundos reales y mundos de ficción no es ninguna novedad.

El «no sabíamos», posterior a la Segunda Guerra Mundial, se ha convertido en el «no entendemos» de nuestros contemporáneos. No saber exime por adelantado de rendir cuentas ante cualquier eventualidad. No entender remite a la imposibilidad consentida del paso a la acción, más aún cuando las generaciones de decidores que mueven los hilos del mundo no dejan de mendigar y/o de autocompadecerse

(amnistía, perdón, arrepentimiento, etc.) por los desastrosos resultados de sus anteriores compromisos ideológicos.

Entre la mujer esclava bestializada y con velo y la mujer esclava comercializada en occidente por las mafias, ante la indiferencia prácticamente generalizada de los regímenes democráticos, la diferencia es solo de «representación». Las mafias están tan profundamente enraizadas en los propios sistemas y engranajes mediático-institucionales que no corren riesgo alguno de ser molestadas y su influencia en los sistemas de gestión y de reparto del dinero las protege de la curiosidad y de la indignación pública.

La historia de la comunicación se confunde con la historia de la guerra. Cada avance destacado en el control de los medios de comunicación se basa en la necesidad por parte de una entidad de dominar a otra. Internet, al igual que los demás medios de comunicación anteriores, se inscribe dentro de esa realidad. Diseñado como soporte de comunicación, y solo como tal, la red Internet se rige generalmente por los principios clásicos de la comunicación, es decir, por las nociones de eficacia, de rapidez y de rentabilidad económica.

Medio de comunicación inédito, Internet se concibe y se define sin embargo en base a conceptos superados y metáforas inadaptadas que se imponen como verdades universales, pero que solo son la ilustración del peso y de la fuerza de las costumbres dominantes. La más conocida y más problemática de dichas metáforas es la de «autopista electrónica» o «autopista de la información», acuñada por el ex vicepresidente Al Gore, digno hijo de su padre, arquitecto de la red viaria americana. Si el padre de Al Gore hubiera sido horticultor, la metáfora podría haber sido «Internet; el gran jardín electrónico»... Dicha estructuración del lenguaje en base al pensamiento tradicional y dominante tiene numerosas consecuencias en la organización, implantación y desarrollo de las infraestructuras, tareas generalmente adjudicadas por la mayoría de los gobiernos a los Ministerios de Transporte.

A pesar de que importantes consideraciones sobre la naturaleza de los contenidos de la red podrían haber movilizado, desde sus inicios, a otros Ministerios como el de Educación, de Cultura, de Medio Ambiente, de la Familia... las costumbres tienen tanto peso que nos impiden en ocasiones ver las evidencias más patentes, como por ejemplo la supremacía de las redes reales clandestinas y mafiosas sobre las redes virtuales electrónicas más sofisticadas. Invirtiéndose así completamente la perspectiva: el país tecnológicamente más avanzado acaba haciendo desfilar su ejército ante un adversario casi totalmente virtual.

¿Se han convertido los terroristas y mafiosos en las formas más conseguidas del poder y de la eficacia de la organización en red? Solo nos queda constatar el desconcierto y la fragilidad de las fuerzas aliadas ante un enemigo evanescente, diseminado, viral, virtual.

LA PARTE FEMENINA DEL MUNDO

Con la llegada de la revolución digital y la generalización de la web, disponemos de los elementos potenciales para una auténtica revolución cultural y para permitir la emergencia de contenidos ajenos a los valores tradicionales de dominación, control, jerarquía, poder.

En contra de lo que pretenden hacernos creer los discursos dominantes de los «nuevos señores» del mundo y del ciber mundo, estamos asistiendo al desarrollo de nuevos valores. Valores encarnados en lo que podríamos denominar «la parte femenina del mundo». Se trata de entender las singularidades culturales de esa «parte femenina del mundo» y su profunda y orgánica adecuación a la cultura de la red. Con la aparición del vídeo ligero, en los años 1960, las mujeres empiezan a liberarse de las pesadas limitaciones técnicas y económicas del cine y, en la escena cinematográfica y televisiva, va surgiendo una producción densa, diversificada, creativa y comprometida. Por aquel entonces,

nadie podía imaginar que dicha producción acabaría formando parte íntegra de la economía general de la producción audiovisual, algo que sin embargo nadie cuestionaría hoy en día. Y ocurre lo mismo con Internet y las demás tecnologías y medios de comunicación digitales. Para entender dicha evolución y para impulsar políticas de producción de contenidos online, conviene tener en cuenta:

- El análisis de las condiciones de innovación.
- El análisis de los valores de la cultura de la red.
- El análisis de las condiciones de producción de contenidos «con fuerte valor cultural añadido» en la web.

Esta «parte femenina del mundo» concierne tanto a autores varones como hembras, aunque aparece más encarnada en mujeres: cabe constatar que la parte creativa, política, crítica, radical, de la creación artística y cultural en las redes de comunicación electrónica suele ser a menudo cosa de mujeres, a menudo jóvenes y sin complejo alguno ante la tecnología. Internet no solo permite comunicar: permite conversar, intercambiar, compartir, pero también afirmar diferencias, singularidades. Coloca al usuario en situación de productor potencial, permite dar un nuevo sentido a las nociones laminadas por el consumerismo como la importancia de las relaciones orgánicas y conscientes que permiten a ciertas comunidades protegerse, reconocerse, desarrollarse. Así, la «parte femenina» ya solo se opone a la «parte masculina» en la misma medida que la imagen se opone a la palabra, el cerebro derecho al cerebro izquierdo, la vida a la muerte, la muerte al renacimiento, la locura a la razón, la fe al odio, la brujería a la ciencia, el monitor al folio. Nociones que ya no se oponen, pero que, no obstante, solo son operatorias en sus lazos, sus tensiones, sus interacciones. Implicando así el reconocimiento de esa «parte femenina» del mundo y de los valores que la vertebran.

UNA REVOLUCIÓN CULTURAL

Dichos valores afirman la primacía:

- Del contenido sobre la tecnicidad, de la búsqueda de sentido sobre los efectos de moda.
- De la necesidad de perspectivas críticas sobre la fetichización de los medios de comunicación.
- De la inscripción de la investigación y de la creación en el marco real de la vida social sobre las estrategias económicas clásicas.
- De la necesidad de inventar nuevos modelos de producción y de desarrollo económico sobre la reproducción de los modelos existentes.
- Del azar y de la necesidad que permiten la ruptura y el reconocimiento sobre la certeza que inhibe el deseo de cambio, de las comunidades que fluctúan sobre los «partidos» que encierran.
- Del «sentido común» sobre la estrategia.
- De la incertidumbre necesaria para una autonomía verdadera sobre la certeza de un sistema «demostrado».
- De la multiplicidad de los códigos sobre la adhesión a uno solo.
- De la experiencia no repertoriada sobre el saber archivado.
- Del descentramiento sobre el centralismo.
- De lo internacional sobre la globalización,
- Del movimiento de la palabra sobre el inmovilismo del lenguaje mediático.
- De una economía basada en los cambios y las mutaciones y, por consiguiente, en las necesidades vitales, sobre una economía basada en el exceso de consumo...

Una revolución de la sensibilidad y de la inteligencia, que implica importantes y profundos cuestionamientos. Que sorteamos por lo general con una pirueta: el discurso incantatorio sobre la innovación.

ENGAÑO, MODERNIDAD, INNOVACIÓN

¿Qué es la innovación?

¿Innovación en periodo de transición?

La transición se caracteriza por el paso de una situación a otra: ciertos elementos desaparecen, otros aparecen y debemos permanecer dispuestos a los cambios, de los cuales ignoramos todo, conservando no obstante la memoria de nuestra historia, con sus acontecimientos de esplendor y de drama.

Los periodos de transición resultan especialmente propicios para la renovación de conceptos, saberes y competencias. No siempre resulta fácil, ya que una parte importante de nuestra experiencia y conocimientos se encuentra momentáneamente paralizada ante la irrupción masiva de nuevos datos, nuevas ideas, nuevas perspectivas, impidiéndonos distinguir entre el engaño, la modernidad y lo que puede en el futuro ser determinante, estructurante, decisivo, fundador. Movimientos violentos y contradictorios sacuden todas las dimensiones de la vida de nuestras sociedades: hecatombe política, social, religiosa, económica, por un lado y avances científicos por otro lado. Un movimiento que hunde gran parte de nuestros esquemas, mientras un nuevo orden se va desdibujando. Por todas partes surgen individuos, grupos, entidades todavía difusas que, indiferentes a la crónica de los desastres anunciados, van elaborando los elementos de las nuevas cartografías. En esos periodos de confusión y de creatividad a la vez, la experimentación tiene que ser prioritaria, infinitamente más pertinente que la pedagogía de la contemplación y del consumo de las obras, del saber constituido, del espectáculo de la actualidad inmediata.

La primera abre la vía a lo posible, a las acciones desordenadas, a las sorpresas y al esplendor. La segunda, demostrada, tranquilizadora, seductora, condena a la impotencia y a la nostalgia.

LOS FUNDAMENTOS DE LA INNOVACIÓN FRENTE AL FUNDAMENTALISMO DEL MERCADO

Cuándo un grupo de personas decide «innovar», ¿por dónde empieza? ¿Qué debemos cambiar en nuestra forma de pensar, de trabajar, de compartir, de llevar adelante nuestros planes y nuestros proyectos? Si no queremos que la innovación sea solo un eslogan sin sentido, ¿qué debemos cuestionar de nuestras acciones?

Una pregunta que deberían plantearse los responsables culturales, los creadores, los empresarios y comerciantes, los poderes públicos regionales, nacionales, las instancias transnacionales.

La multiplicación de encuentros formales o informales a escala internacional, la propagación de múltiples redes de intercambio y de confrontación son, por supuesto, formas de avanzar. Pero hay que ir más allá. Y ¿cómo?

Además de los creadores, conviene movilizar a otros tres actores.

La producción. Es necesario multiplicar las situaciones que permitan el despliegue de experimentaciones artísticas y culturales: artistas con talento, científicos brillantes, técnicos ingeniosos, emprendedores, surgidos de la convergencia real entre las posibilidades técnicas y la intuición de ciertos soñadores, disponibles para acciones puntuales. Pero también son indispensables los productores, que lamentablemente suelen escasear. El productor, el auténtico, es el ensamblador, el guía, el que por convicción propia, más allá de cualquier solicitud explícita del mercado, de los lobbies, de las modas, de los intereses publicitarios de los constructores, consigue los recursos económicos, humanos (artísticos, científicos, filosóficos), técnicos y jurídicos para que una obra nazca, provoque la crítica, encuentre su público. El mundo sin productor es arte mudo.

La crítica. Hay que convencer a los intelectuales para que realicen una crítica de las obras, en particular de las que recurren a las tecnologías digitales. La existencia de un corpus

crítico abundante, diversificado, contradictorio, abierto a pensamientos eclécticos es una garantía, tanto para los creadores, los científicos, los «decididores» como para los ciudadanos, de apropiación de las evoluciones del mundo. El mundo sin crítica es arte sordo.

El público. Pensamos que es necesario multiplicar, por todos los medios, las oportunidades que permitan a los ciudadanos acercarse a las preocupaciones de los creadores contemporáneos y de los investigadores. Las dinámicas habituales de difusión, animación o de formación no son suficientes. Los ciudadanos no son meros consumidores que hay que seducir, objetivos que hay que alcanzar, pulsiones que hay que explotar. Lo que lleva a plantearse ciertos cuestionamientos. Los creadores, al igual que los investigadores, cometerían un error limitándose a ver en esa exigencia un simple retorno al pasado (sin duda meritorio pero irremediablemente inerte de los pioneros de la descentralización cultural), una instrumentalización de sus planteamientos o una canalización de sus visiones. El arte sin público es arte ciego.

POSTURAS DE LA INNOVACIÓN

La complejidad. La noción de complejidad forma ya parte de la panoplia del ser humano moderno. Pero la actualidad cotidiana no parece sin embargo demostrar que sus principios más básicos se hayan adueñado de las costumbres, de los corazones, de los laboratorios, de las asambleas. ¿Qué ha sido de nuestra capacidad de asumir situaciones complejas? Nuestras élites están curtidas (en sentido propio y figurado) en la gestión de situaciones complicadas. Pero en cuanto lo «vivo» interfiere, nuestros expertos se paralizan. A falta de visiones, reglamentan y dejan que otros desminen el terreno.

La impermanencia. ¿Qué ha sido de nuestra capacidad de imaginar situaciones efímeras, en esta cultura basada en la duración, la perennidad, la conservación? Sabemos por intui-

ción que lo que es parcialmente cierto ya no lo será del todo mañana... En los periodos de transición, la fuerza de un acontecimiento se desvanece inmediatamente tras la aparición del siguiente, relacionado con el anterior pero con miras más largas.

La contradicción. ¿Qué hacer cuando algo puede ser cierto y falso a la vez? ¿Cómo, sin cinismo, aprender a jugar en todos los compartimentos a la vez?

El arcaísmo. ¿Qué ha sido de nuestra capacidad, al vernos supuestamente abocados a alcanzar la vanguardia de la evolución tecnológica, de respetar los valores arcaicos, antiguos, frágiles? Nuestra civilización «conserva» mientras otras culturas «conversan». La comunicación es la muleta arrogante de la conservación y comunicamos más cuanto mayor es el desasosiego y más abierto está el libro. Nos queda recuperar el uso de las brújulas obsoletas como «el arte de la conversación». De lo contrario, pronto veremos surgir museos que conservarán la amabilidad, la disponibilidad, la palabrería.

La indisciplina. No se trata de invitar a la «transdisciplinaridad» o a la «interdisciplinaridad» sino a la indisciplinaridad, a la valorización de la parte de cada uno de nosotros reservada al juego, al humor, a la diferencia, a la impertinencia. No se trata únicamente de movilizar certidumbres y saberes sino de desaprender para favorecer nuevas visiones. No se trata solo de planificar proyectos sino de acoger lo improbable con generosidad.

La conciencia de los puntos de vista. ¿Cómo impulsar la experiencia singular que consiste en permitir la exploración de los múltiples puntos de vista de una cuestión, un concepto, una obra, una situación? Privilegiando el «pensamiento esférico». En esfera: para poder estar dentro, fuera, en el centro, en el borde, lejos, cerca, en el Norte, en el Sur, en cualquier lugar del espacio y poder así disfrutar de un punto de vista móvil, cambiante, abierto sobre las cosas. Al proyectarme en todas las direcciones, es decir adoptando sucesivamente varios puntos de vista, exploro todo el alcance de los posibles. Abro el abanico de preguntas. Experi-

mento posturas. Las respuestas tranquilizan y refuerzan una postura, las preguntas vertebran y abren la vía a arquitecturas nuevas, conceptuales, poéticas, lingüísticas...

La sobriedad. La claridad no procede de la información: demasiado densa, demasiado ruidosa, demasiado fluida, demasiado rápida, demasiado frívola. Sino más bien de la diferencia (no de la deserción), del compartir (no del consumo), de la separación a veces (no del consenso). El exceso de actualidad resulta contraproducente.

La duda. Las conjunciones (de ideas, situaciones, personas, valores, exigencias, debilidades) favorecen más la edificación continua de la aventura humana que las propias ideas o los hombres providenciales. Convendría impulsar situaciones que propicien dichas conjunciones para poder crear condiciones de duda favorable y dinámica.

La opacidad. No se debe dar todo. Cada cual tiene que trabajar. Despierto la inteligencia de quien invito a trabajar, no del que cebo. Ya estamos hartos y somos transparentes y previsible. Seamos parcos y opacos, compartamos nuestro misterio.

El enfrentamiento. Somos los herederos de una cultura en la cual el conflicto se vive como un combate, con ganadores y perdedores. Casi nunca como una dinámica creativa. No se trata en absoluto de fomentar la búsqueda de compromiso o de consenso. Se trata de ofrecer los medios para enfrentamientos enérgicos, abiertos, «elegantes», que desemboquen en arbitrajes en los cuales prevalezcan la inteligencia y el interés general.

La memoria y el olvido. En las últimas escenas de la película «La vergüenza» (1968) de Ingmar Bergman uno de los personajes declara: «Recuerdo que tengo que acordarme de algo importante pero he olvidado qué». Unos años antes, Georges Bataille afirmaba: «Hoy en día, la humanidad ha perdido el deseo de darse a sí misma el rostro del resplandor que le pertenece». En otras palabras, Maurice Blanchot intentaba también definir esa pérdida, esa ausencia radical que sume al individuo contemporáneo

en el estupor y el desasosiego. Unas semanas antes de su muerte, el dramaturgo alemán Heiner Müller invitaba a Occidente a producir visiones susceptibles, por su fuerza y alcance, de superar el apocalipsis del holocausto.

¿Cómo volver a encontrar el camino del «esplendor que nos pertenece»?

INTELIGIBILIDAD DE LOS RETOS DE LA CREACIÓN Y DE LA INVESTIGACIÓN

No es nada nuevo que los artistas utilizan y cuestionan las «nuevas» tecnologías: en la danza, hacía ya tiempo que Merce Cunningham recurría a la informática para crear nuevas coreografías y hace más de 30 años que los compositores experimentan con máquinas digitales.

¿En qué se fundamentan las preocupaciones de los artistas que investigan la interactividad y los mundos virtuales? No solo esas «máquinas» no les asustan, a pesar de ser los primeros en intentar definir sus límites y peligros, sino que les brindan la posibilidad de replantearse la naturaleza del gesto artístico y las modalidades de las relaciones posibles entre su compromiso artístico personal (materializado en la obra realizada) y el «público», potencial destinatario de la obra.

RETOS ARTÍSTICOS

Los retos de esa investigación conciernen:

- La renovación de los modos narrativos (es decir, la exploración de otras formas de concebir y de contar historias, de hablar del mundo).
- La renovación de los protocolos de concepción (para concebir dispositivos interactivos, el artista debe enfrentarse a otras lógicas ajenas a la suya —aunque el artista sigue siendo quien da sentido al

trabajo y quien legitima la existencia y la necesidad de la obra, debe compartir sus intuiciones con ingenieros, informáticos, juristas, empresarios—.

- La experimentación de otros tipos de relación entre autores y públicos: con los procedimientos interactivos, el papel del artista ya no consiste únicamente en ofrecer al público una obra plena y completa sino en ofrecer un «contexto» a explorar que deje un auténtico espacio de proyección y de significado a quien quiera explorar la obra.

LA OBRA

Nadie pide nada explícito al artista cuando se profundiza a sí mismo buscando una señal hipotética, una respiración olvidada. Esa bajada a los abismos excluye irremediabilmente al Otro. Si esa inmersión resulta ser un sacrificio, la obra resultante se convierte en don y profecía, al entregar al Otro el «resultado» del sacrificio. Entre el sacrificio y la profesión entra en juego la tensión denominada acto artístico. ¿Qué ocurre con esa tensión cuando el producto sustituye a la Obra? Cuando la función profética es absorbida por el mercado lo que queda es el consumerismo.

¿DIGITAL?

Todo parece indicar que las élites europeas todavía no son conscientes de los retos de la revolución digital. O mejor dicho, todo parece indicar que dichos retos solo son percibidos bajo el ángulo económico. La expresión «revolución digital» puede resultar exagerada. Remite, no obstante, a ciertas singularidades:

- El modo de propagación de naturaleza epidémica, con todo lo que conlleva de parálisis institucional y de iniciativas al

margen. Inquietante paralelismo entre la forma de extensión de la plaga del SIDA y la forma de propagación de las nuevas tecnologías. La Institución empieza por negar la amplitud del fenómeno, más adelante constata los hechos y, en una tercera fase, instrumentaliza las respuestas posibles.

- Paralelamente, se implantan estrategias alternativas de experimentación cuya particularidad es operar al margen y en base a valores de cooperación, de convivencia, comunitarios, en ruptura con los valores dominantes de poder y de control. En el mundo de las redes electrónicas, la inteligencia y la generosidad de los pioneros se ven asediadas y sometidas a las estrategias de conquista del nuevo Eldorado económico.
- ¿Acabaremos dejando escapar el potencial dinámico y creativo de las redes (de cooperación y de inteligencia compartida), al igual que hemos dejado escapar el potencial que representaba la emergencia de la televisión en los años 1950?

CONTINENTES

El término genérico de globalización implica un doble movimiento: por un lado, la intensificación de los flujos de información, de dinero, de materias primas y de personas y, por otro lado, la extensión de dichos flujos a todo el planeta. Dicho término, ampliamente utilizado por los medios de comunicación, los empresarios y los responsables políticos, sigue siendo a menudo algo misterioso para los ciudadanos. Asistimos al surgimiento de nuevos continentes, que no son solo continentes geográficos, económicos, culturales o demográficos, sino continentes de otra naturaleza. Como, por ejemplo, el continente de la adolescencia: los adolescentes del mundo se sienten, a pesar de la distancia

geográfica, más cercanos culturalmente entre ellos que a sus propios padres. Una población con sus propios códigos lingüísticos, alimentarios, culturales, con un sistema de referencias comunes pero ajenas a las de sus padres. O el continente de las clases medias: no existen ya diferencias significativas entre las clases medias de Shangai, París, Montreal o Besançon; su desasosiego y sus interrogantes se expresan en los mismos términos. O el continente de la exclusión: exclusión por falta de dinero, de acceso al saber, exclusión de la ciudadanía por falta de conocimientos, de información, de capacidad para enviar y recibir mensajes.

Y así se van redefiniendo y reorganizando, sin previo aviso, las nociones y los valores. Si no somos conscientes de ello en las escuelas, los centros culturales, las empresas, las familias... solo nos quedará la impotencia.

TRANSMISIÓN DE VALORES Y DINÁMICA DE LA COMUNIDAD

Los lazos. Los lazos de transmisión entre generaciones, entre culturas, entre disciplinas parecen haberse roto o debilitado. ¿Qué valores transmiten los padres? ¿Qué intercambios se producen entre pueblos, al margen de los comerciales? ¿Qué contactos existen entre expertos y ciudadanos?

La economía. La comunidad no se reduce a intercambios comerciales. El diálogo, la solidaridad activa, la creatividad social también forman parte integrante de la comunidad. Pero esa «economía relacional» no cotiza en bolsa y, dentro del marco de la sociedad en general, dichos valores están infravalorados y hasta menospreciados. Es una pena, ya que dichos valores son los únicos capaces de garantizar todavía un auténtico potencial de cohesión social y de resistencia a la barbarie.

Lo local. La comunidad no se reduce tampoco al nivel local. A menudo nuestro discurso tiende a oponer lo global y lo local, privi-

legiando este último. Y, sin embargo, podemos sentirnos muy identificados con una persona geográficamente muy alejada de nosotros y, a la inversa, podemos sentirnos muy alejados de nuestros propios vecinos.

La conciencia. La comunidad tampoco se reduce al conjunto de lazos que unen a las personas. La comunidad de Internet no se reduce a los enlaces entre sitios, al igual que la comunidad escolar no se reduce simplemente a las relaciones existentes entre los alumnos, ni la comunidad de vecinos a las personas que viven en una misma finca. Lo importante no es la suma de los lazos dentro de una comunidad, sino la conciencia que tenemos de los mismos, la visión que tenemos de constitución de una comunidad activa. En las redes, algunos tienen esa lucidez, otros no. Como ocurre en la vida real, en la calle, en los centros escolares, en las familias. En el fondo, la conversación, más que comunicación, es conciencia de que compartimos una respiración común con el otro. Con las exigencias que eso implica y que nos convierten en arquitectos y no en meros sujetos tecnológicos.

Las violencias. Las violencias espectaculares son una cosa, pero existen otras, menos visibles, que minan la comunidad. La violencia contra el lenguaje precede a la violencia contra el ser humano. Hablamos mucho en nuestro país de «derechos agotados»: una expresión banal pero chocante, porque no nos parece problemática y que sin embargo constituye una flagrante e insoportable contradicción dentro del propio discurso democrático. Cada capitulación en materia de lenguaje es una capitulación incondicional de lo esencial. La violencia institucional: las instituciones tienen la sorprendente capacidad de producir arrogancia y desenvoltura, sin que aparentemente nadie pueda verse cuestionado puesto que cada cual capitaliza sus propias cobardías y renuncias. La violencia contra la parte femenina del mundo: todo nuestro sistema de pensamiento se basa en valores de dominación, de poder y de control. La cultura de las redes, la inteligencia compartida, el trabajo cooperativo movilizan otros

valores, otras visiones más complejas, más triviales, más comprometidas con cierta idea del destino comunitario.

LAS CONTAMINACIONES NECESARIAS

La violencia aparente del término no resulta neutral. No se trata de resaltar el riesgo de mácula y de contagio, sino el, necesario, de encubrimiento recíproco de realidades artificialmente separadas.

Entre generaciones. Las «nuevas» tecnologías de la comunicación se enmarcan dentro de los cambios generales que acompañan la transición de una época a otra. En ese movimiento general de situaciones e ideas, lo peor que puede ocurrir es que nuestros mayores se vean superados por la amplitud de los cambios que no siempre alcanzan a entender. En estos momentos de nuevo reparto de cartas, hay que evitar marginar a unos y sobrevalorar a otros (los más jóvenes), con el fin de preservar la transmisión de la memoria, de la experiencia, del patrimonio y en particular de los ideales, que se han visto seriamente sacudidos por los acontecimientos del siglo. Lo que no debe impedirnos establecer puentes para dar un nuevo sentido a la idea de comunidad compleja y viva que se construye, época tras época, capitalizando los conocimientos adquiridos de los «gigantes que nos han precedido», parafraseando a Newton.

Entre oficios. El ejemplo de los directores de fotografía del cine tradicional, depositarios de una inmensa cultura cinematográfica, ilustra bien esa idea, hoy en día en competición con los profesionales de la infografía y de la imagen de síntesis. Los primeros se apoyan en su cultura y en escasos medios, los segundos manejan técnicas sofisticadas, pero sin la transmisión de conocimientos de aquellos, ¿dónde descubrirían estos el sentido de la luz?

Entre disciplinas artísticas. En esta era de convergencia generalizada, la separación de los distintos ámbitos artísticos, aunque permite lle-

var a cabo investigaciones singulares, no puede erigirse en dogma. Cada disciplina artística procede de una interrogante global sobre el mundo y las tecnologías de la comunicación acaparan el centro de esa incógnita.

Entre arte e industria. El artista que trabaja con medios electrónicos se anticipa a los cambios; representa un potente factor de innovación que la industria de las telecomunicaciones, multimedia, audiovisual, informática y de la telefonía podría revalorizar para inventar formas nuevas. No se trata de predicar un acercamiento con el fin de introducir fantasía en la empresa, sino de considerar realmente al artista como un experto susceptible de participar en «prototipajes» innovadores.

Entre artes, ciencias humanas, filosofía. Un enfoque sistémico, es decir, que tenga globalmente en cuenta los diferentes aspectos de la actividad humana, nos parece por lo tanto de rigor en toda la problemática relacionada con las tecnologías. Solo nos queda traducirlo en hechos, convirtiendo cada formación en una oportunidad de cruce entre disciplinas.

Entre creadores, expertos y ciudadanos. En esa misma perspectiva, conviene convertir cada acción de formación en medios electrónicos en una oportunidad de encuentros concretos entre investigadores, expertos y ciudadanos, a través de foros, estudios de campo, testimonios, etc.

Entre el individuo y la comunidad. La identidad, la alteridad, las condiciones de despliegue de una economía relacional, los mitos y los universos simbólicos deben recuperar el lugar perdido. Con el fin de poder levantar auténticas murallas frente a los fetichismos, los oscurantismos culturales y tecnológicos, la arrogancia técnica y la insolencia del ultraliberalismo.



